LA ARQUITECTURA REGIONAL EN LA OBRA DE PEREDA

En la obra de don José María de Pereda, tan saturado de sabor popular (por lo menos en sus mejores componentes), el elemento etnográfico tiene una importancia excepcional; y al describir el ilustre novelista la vida en las aldeas montañesas no puede eludir la pintura del medio en que aquella vida se desarrolla. Así, pues, el paisaje de montaña y de costa, y las viviendas típicas de la región, constituyen el fondo de los más valiosos cuadros peredianos. Pero conviene hacer notar, que así como los Chiscos y los Tarumbos, los Rubárcenas y los Prezanes, son hijos de la fantasía novelesca de Pereda, el paisaje que se divisa desde la Cajigona, o el que se descubre desde las alturas de Tablanca, es tan real y auténtico como la casa de los Peñarrubia, en Perojales, o la de don Román Pérez de la Llosía en Coteruco.

Y es del mayor interés para nosotros los que hemos asistido al resurgimiento arquitectónico montañés, ver cómo el ilustre escritor, con fino instinto de artista y penetrante espíritu observador, supo sacar del olvido y devolver su perdido prestigio a las construcciones seculares de la Montaña, adelantándose a los restauradores de la arquitectura regional, y señalándoles, quizás, el camino por donde con positivo éxito habían de marchar.

No empaña lo más mínimo la gloria de don Leonardo Rucabado (insigne arquitecto a quien la Montaña no ha honrado aún como se merece) el suponer que los libros de Pereda, de quien era devotísimo lector, fueran labrando en aquella alma, hasta cierto punto paralela de la del novelista, su culto a la

tradición artística, su fervor regional, su anhelo de hacer revivir lo que parecía ya definitivamente muerto.

Cierto es que Rucabado bebió copiosamente en las pristinas fuentes montañesas; que estudió en sus orígenes y desarrollo todos los elementos constitutivos de la casa montañesa, y supo, como técnico y como artista (que en todo fué extremado) incorporar a la arquitectura moderna las formas y motivos tradicionales. Pero las elocuentes evocaciones del espíritu popular que dan vida y calor a las mejores páginas de Pereda ¿no tendrían para Rucabado, como para otros muchos montañeses, efectos de verdaderos aldabonazos, de llamadas urgentes a la conciencia regional?

Se puede discernir (con relativa posibilidad de acierto) la influencia que un escritor ha ejercido sobre otro escritor, o la de un músico sobre otro músico; pero determinar el influjo de un novelista sobre un arquitecto, es un problema insoluble y que sólo puede plantearse en el terreno de las hipótesis. Sin salir de él me imagino yo la huella profunda que en un espíritu tan bien dispuesto como el de Rucabado dejaría la lectura de las frecuentes, detalladas y exactas descripciones que de las casas montañesas se encuentran en las novelas del glorioso autor de *Peñas arriba*.

Todos los distintos tipos de vivienda de carácter popular o popularizado que se encuentran en la Montaña y que más tarde hemos estudiado sistemáticamente, indagando sus orígenes y razonando su desenvolvimiento, fueron ya observados y descritos por Pereda a través de sus obras.

La vieja torre medieval que en muchos lugares de la Montaña alza su pesada y adusta mole, renegrida por los años y ensombrecida por la hiedra, tiene su representación en la del señor de Provedaño. Aunque Pereda no era arquéologo, ni presumía de ello, la pintura de la torre que pone en boca de su dueño, y que posiblemente esté basada en alguna descripción oida de labios de don Angel de los Ríos, se ajusta perfectamente a la ordenación de aquellas mansiones de los siglos medios que participaban a la vez del carácter civil y del militar.

"La disposición que tienen sus pisos—dice Pereda—(el bajo, bodega y saladero de carne; el principal, que parece fué salón

de recibo y banquetes, y los dos últimos que se comunican por medio de trampas al fin de cada escalera) demuestra que ni de los domésticos se fiaban los amos. En el último piso se hallan ventanas más altas y adornadas, con asientos de piedra a los lados, que servirían a las castellanas y sus hijas o criadas para ocuparse en labores de su sexo. Repare V. que no tiene almenas, sino un parapeto o prolongación de la pared, a mayor altura que el tejado, cuyas aguas salen al exterior por gárgolas de piedra. Y si este parapeto servía para ofender a los que intentaran socavar los cimientos de la torre, la disposición de su ferrada puerta, no al medio, sino a un costado de esta fachada de Occidente, hace creer que se flanqueaba la entrada por medio de un balcón saliente de piedra, con matacanes o saeteras, situado en el centro y a la altura del primer piso, donde ahora se ve esa ventana cuadrada, mal acomodada al arco de salida que interiormente se conserva, y no hay en los otros dos frentes, provistos de ventanas ojivas o treboladas, mientras el del Norte sólo tiene las saeteras o aspilleras de todos..." (1)

Salvo alguna pequeña impropiedad en el empleo de las voces técnicas, la descripción es exacta, y aunque inspirada en la torre de Proaño, según parece, conviene igualmente a la de Santillana, la de Adal, la de Quijas, la de Potes y tantas otras como aún alzan sus muros venerables en los valles santanderinos.

Pero no es la arqueología medieval lo que caracteriza a la Montaña, ni suelen las viviendas de sus habitantes remontarse a tan lejana antigüedad. Las casas de los siglos XVII y XVIII, en que los elementos constructivos tradicionales llegaron a su pleno desarrollo y se fijaron en tipos de acusada personalidad artística, son las que más frecuentemente se encuentran en esta región, y a ellas, como es lógico, se habían de volver con preferencia los ojos del novelista. Y dentro de la extensa gama de tipos, diferenciada principalmente por la categoría social del fundador de la casa, o por el valle en que ésta se alza, los ejemplos que encontramos en Pereda alcanzan toda la variedad

(1) "Peñas arriba".

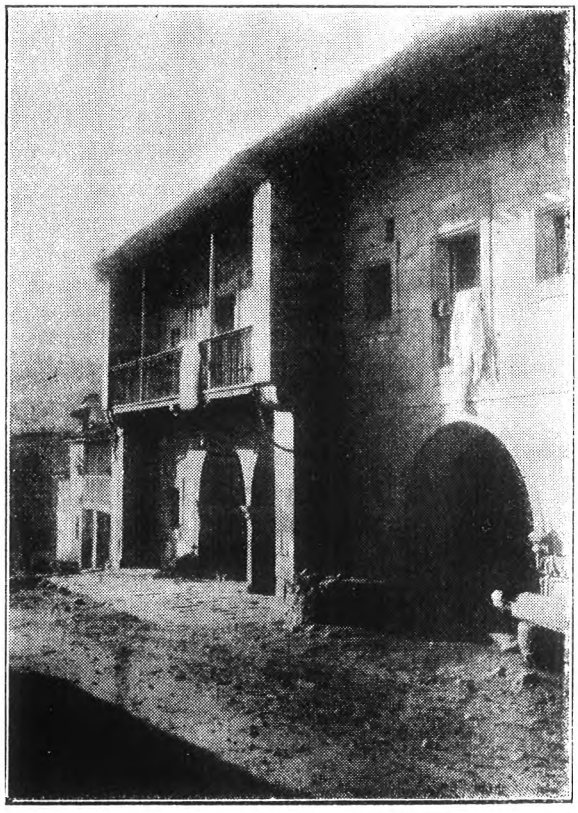
que le permitió exhibir la limitación de los escenarios en que situó sus novelas.

La casa plebeya, maltratada por el tiempo y por la incuria de sus propietarios, la encontramos en Valdecines, ocupada por don Sotero. Era una de las pocas que en aquel pueblo te-

nían balcón y de todas ellas la más vieja, sucia y destartalada. "Una cuadra, a la sazón destinada a leñera, tres cuartos sin luz ni ventilación, el estragal y un gallinero debajo de la escalera, componían la planta baja, con el suelo de tierra, húmedo y desigual. Una sala con dos alcobas, pieza a la que correspondían la puerta y las ventanas abiertas en la fachada principal sobre el balcón que la ocupaba de extremo a extremo, se zampaban los dos tercios del piso. El resto se le repartían una mala cocina y dos o tres alcobas oscuras. Las puertas eran macizas y *acuarteronadas*, con bisagras de perno, desclavadas y herrumbrosas; los tillos, de castaño apolillado y con enormes rendijas; las paredes dobles, mugrientas y jibosas." (1)

(1) "De tal palo, tal astilla".

La pintura es acabada, como salida de tales pinceles. Plebeya era también la casa del Berrugo, aunque mejor conservada y más vividera que la de don Sotero. Tenía portalada y cerca de cal y canto. "No era nueva la casa ni tampoco muy vieja, ni tenía escudo de armas sobre el cuadrante incrustado en uno de los *esquinales* del mediodía, ni en parte alguna de sus fachadas; pero era grande, de dos solanas bien extensas, con bue-



nas cuadras, pajares y graneros; pozo, pila y horno en el corral, y mucho rumor y tufo de ganado al pesebre, que se percibían en cuanto se penetraba en el hondo soportal." (1)

A una clase social un poco más elevada pertenecía la casa

(1) "La Puchera".

de don Pedro Nolasco, "muy vieja y muy castigada por el rigor de los temporales y la incuria de sus amos." Precedíala una portalada de arco desarticulado (mal del que adolecen muchos arcos en la Montaña), con dovelas removidas, desportilladas y medio ocultas por la hiedra y los jaramagos. "Tenía también su correspondiente solana que corría de esquina a esquina entre dos mensulones de sillería", (1) y por debajo de ella se entraba en el soportal donde se encontraba la claveteada puerta del *estragal*. En el piso tenía un gran salón de blancas paredes, con suelo y viguetería de castaño, casi negro por la acción del tiempo.

Un aspecto semejante presentaba la casa de don Valentín Gutiérrez de la Pernía, en Cumbrales. "Era grande y vieja, sin portalada; con una accesoría que en mejores tiempos había cumplido altos destinos, a un costado; al opuesto, un nogal medio podrido, y en la trasera un huerto lóbrego." (2) Tenía su correspondiente portón que daba paso al estragal y una escalera de peldaños de madera carcomida y esponjosa que parecían de yesca. El tillo del salón era de viejísimo castaño, negro, abarquillado y con jibas. La viguetería del techo estaba pintada de amarillo.

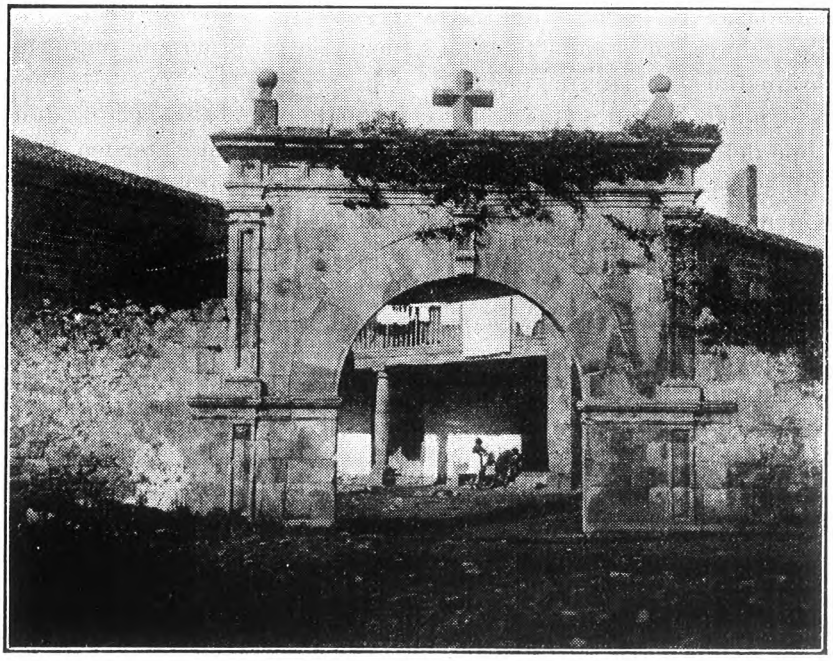
Juan de Prezanes y Pedro Mortera, vecinos de la misma aldea, como personas acomodadas, vivían en casas más halladeras situadas "en un *campuco,* a modo de plazoleta, cuyos dos frentes estaban ocupados por sendas portaladas que parecían gemelas... Cada una de estas portaladas daba ingreso a un corral espacioso, en el que se alzaba una casa grande, de larga solana y amplísimo soportal de grueso poste en el centro: cuadras adyacentes, cobertizos inmediatos, huerta al costado y todo lo de rigor y carácter en estas viviendas de *ricos de aldea,* tantas veces descritas por esta pluma pecadora." (3)

Y con tanta propiedad, podemos añadir. Pero donde el genio satírico de Pereda se explaya a su gusto es en la descripción de las viejas casas solariegas, medio arruinadas, donde

---

(1) "Peñas arriba".
(2) "El sabor de la tierruca".
(3) "El sabor de la tierruca".

habitan los orgullosos hidalgos montañeses, más ricos en blasones que en talegas, con la cabeza llena de humo y el estómago vacío. Don Robustiano Tres Solares era un buen representante de la clase. Su amplia vivienda se dividía en tres partes:



baja, principal y alta. "En la primera se hallaban las cuadras, el anchísimo soportal y la bodega. La segunda estaba, a su vez, dividida por un largo *carrejo* en dos porciones iguales, una al Sur y otra al Norte. Constaba aquella de tres piezas, dos de las cuales eran dormitorios, y la restante un gran salón llamado de *Ceremonias* por la familia... La parte Norte constaba del mismo número de piezas que la del Sur; pero una estaba ya sin tillado cuando Verónica vino al mundo; la otra se quedó sin techo pocos años después, merced a una invernada cruel que entró por el tejado, llevándose detrás los cabrios, las latas, las tejas y el pedazo de desván correspondiente; la otra, sala de comer y de tertulia en los buenos tiempos, había perdido la mitad del muro exterior, quedando sin cerrar un boquete que

tenía que tapar todos los otoños a fuerza de *rozo,* morrillos y barro de calleja, únicas reparaciones asequibles a sus fondos... Felizmente la cocina, que se hallaba en terreno neutral a una de las extremidades del carrejo, había quedado servible y respetada de los temporales... Añada el lector... un largo balcón a cada fachada del edificio, un escudo de armas grabado en alto relieve sobre cada puerta, y media torre almenada cubierta de hiedra en el ángulo del vendaval..." (1)

Un aspecto no menos triste y desolado ofrecía la casa de don Lope del Robledal de los Infantes de la Barca, en Coteruco. Era "un caserón solariego, de ennegrecidos y mohosos paredones, con un escudo de armas entre cada dos huecos y sin una sola ventana que bien cierre ni tenga completos los cristales: ondulan los aleros de sus tejados y el férreo balconaje a partes se desmaya con los años, y a partes se deshace roído por el orín y las celliscas..." (2)

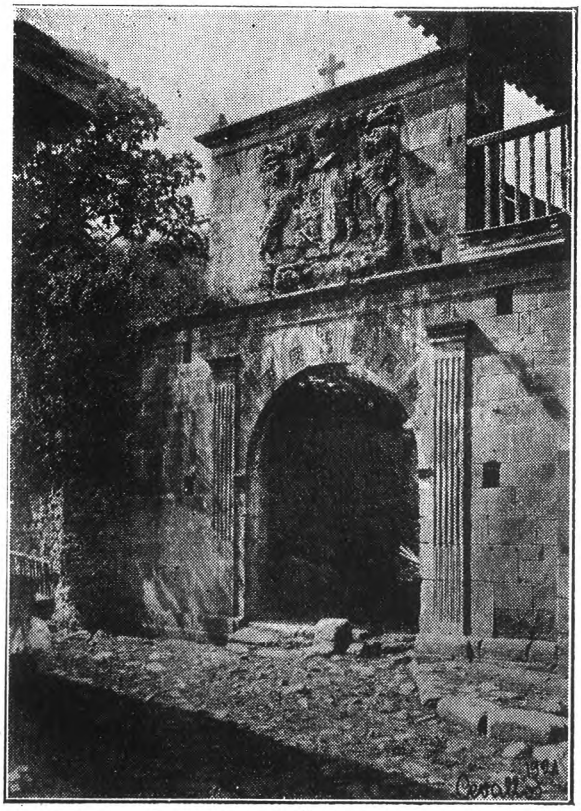
En parecido estado de abandono se encontraba la hermosa casa de los Gómez de Pomar, en Promisiones, cuando la visitó Marcelo. "El edificio era del buen estilo *rico* montañés; de sillería de grano la fachada del Sur y una parte de la del Este, lo preciso para encuadrar en ella un balcón de púlpito con balaustrada de hierro; el resto, mampostería sólida con muy pocos claros de ventana. En la fachada principal, gran solana corrida de esquinal a esquinal, y encima de ella y del balcón del Este, sendos y ostentosos escudos de piedra de mucho relieve y rica talla; sobre todo ello, la piedra musgosa, la herrumbre y la polilla de los años y de la incuria y grandes aleros de artesonado podrido, con los canecillos derrengados." (3)

Tampoco debía ser ninguna mansión regia la casa de Pedro Sánchez, a juzgar por la breve descripción que de ella hace Pereda, pues aunque era la mejor del pueblo, consta que estaba muy vieja y destartalada. "Pero, al cabo, tenía dos balcones, ancho soportal, huerta al costado, pozo y lavadero en la corralada, y hasta su poco de escudo blasonado en la fachada principal." (4)

---

(1) "Blasones y talegas".
(2) "Don Gonzalo González de la Gonzalera".
(3) "Peñas arriba".
(4) "Pedro Sánchez".

El austero vivir de los hidalgos rurales que, encerrados en su viejo solar, revolviendo pergaminos, pasaban a gusto toda clase de privaciones, con tal de que se manifestaran bien patentemente los privilegios del linaje, se evidencia en sus costumbres suntuarias. "Todo el lujo de *clase* (dice Pereda) consistía, después de los indispensables blasones esculpidos en piedra



sobre el centro de la solana, en una portalada de sillería con adornos y remates de escultura, costoso marco en que encajaban dos portones macizos atestados de clavos de altísima cabeza, para dar ingreso a un corral... Esto al mediodía, en lugar preferente. El huerto, pequeño y asombrado por elevadas tapias, como cosa indigna de verse, estaba relegado a la fachada del Norte; es decir, al frío y a la oscuridad. Sin embargo,

era otro detalle *de clase;* por lo cual se cargaba el despilfarro y la fachenda en las tapias que se veían, importando dos cominos que la fruta y las legumbres fueran pocas y malas." (1)

Pero no todos los hidalgos vivían en tan triste penuria, ni con tan altivo desprecio de los goces materiales. Los Peñarrubias, de Perojales, disfrutaban de una casa venerable por su

antigüedad, pero cómoda y bien acondicionada, en la que, por cierto, no faltaba el típico emparrado que tan frecuentemente se encontraba antes en las casas montañesas. "Era éste... un edificio cuadrado, más alto que ancho, con un torreón agregado en el ángulo del Norte, y de mayor altura que la casa... Una viejísima y sólida muralla, coronada de cortos pilares, circun-

(1) "De tal palo, tal astilla".

da el edificio. Entre éste y aquélla, a la parte de atrás, están las cuadras, la leñera y el gallinero. Sobre los pilares de la cerca tiéndese el rugoso tronco de una parra que dirige sus vástagos hacia adentro, donde son sostenidos por un armazón de hierro y madera, sostenida a su vez por altos postes paralelos al muro en todo su perímetro... Exorna la fachada principal del palacio un balcón de púlpito sobre el claro ojival de la puerta de ingreso; dos ventanas no grandes, y las armas de la familia, debajo de la imposta del desván. Otra fachada es por el estilo; las dos restantes sólo tienen algunos ventanillos en desorden y menguados por respeto a las celliscas del invierno." (1)

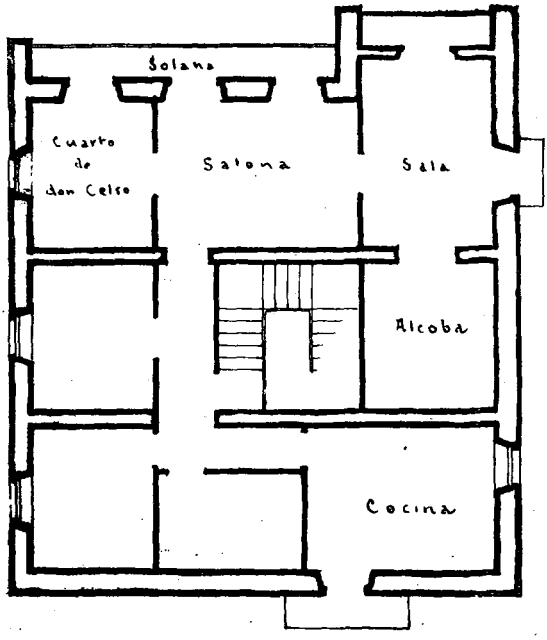
No llegaba a la categoría de *palacio,* pretencioso título que se da en la Montaña a las casas de cierto rango social, aunque de mediana importancia arquitectónica, la vivienda de don Celso, en Tablanca, pero no se echa menos en ella ninguna de las comodidades que hacen grata la vida en las aldeas. La descripción que de su interior hace Pereda es tan detallada y precisa, que no resulta difícil reconstituir su planta a la altura del piso. Comparada la distribución de esta planta reconstituída con la de la casona de Tudanca, que, como es bien sabido sirvió de modelo a Pereda para su ficción novelesca, se aprecia como principal diferencia, la contraria orientación de algunas habitaciones. En la novela se sitúa la sala (habitación de Marcelo) al Oeste, en tanto que en la casona de Tudanca está al Este; y contrariamente, el supuesto cuarto de don Celso, que en el modelo real se encuentra a la derecha de la salona, se sitúa en la obra de Pereda en el lado opuesto. Pero en una hoja de papel que perteneció a Pereda y que se conserva en la Biblioteca Municipal de Santander, aparecen dos ligeros croquis de la casa de don Celso, trazados a lápiz por el novelista: en el uno, la situación de los dos cuartos antes mencionados es la que se detalla en *Peñas arriba;* en el otro es la contraria. Lo cual, a mi juicio, puede indicar o bien que Pereda no conservaba, cuando escribió la novela, un recuerdo muy preciso de la casona de Tudanca, o que deliberadamente se apartó del modelo porque así convenía para el desarrollo de su plan artístico.

---

(1) "De tal palo, tal astilla".

La descripción de la cocina de don Celso tiene verdadero valor documental:

"...reparé (dice) que la cocina era enorme, y que sus negras paredes relucían como si fueran de azabache bruñido; que la lumbre, cuyos penachos de llamas subían lamiendo los llares recubiertos de espesos copos de hollín, hasta rebasar de la ancha campana de la chimenea, estaba arrimada a un poyo con bovedilla, que era la *jornía* o cenicero, sobre una espaciosa y embaldosada meseta, en uno de cuyos bordes de empedernida madera, y a menos de un pie de altura sobre el suelo general, apoyaba yo los míos..." (1)



Planta reconstituída de la casa de don Celso en Tablanca.

Y al relatar el recorrido que hace Marcelo por la casona, primero con su tío y luego sólo, va el autor detallando las particularidades de cada habitación.

"Andando así a lo largo de un pasillo, llegamos a desembo-

(1) "Peñas arriba".

car en otro que se cruzaba con él, y le seguimos hacia la derecha. Por este lado terminaba en un salón que me pareció más negro que los pasillos, porque en sus ámbitos desmesurados parecía la luz del farol la de una pajuela.

"Esta es la salona, o comedor—dijo mi tío al entrar en él...—¿Ves una puerta en esa pared de la izquierda? Pues es la de mi cuarto... Esta es la puerta de la sala: vamos, la pieza de respeto...

"Y entramos. Allí ya se veía más claro... porque la sala tenía cielo raso y no de viguetas al descubierto como el salón contiguo, y estaba, lo mismo que los muros, muy bien blanqueado... La sala tenía una gran alcoba... En lo que llamaba sala mi tío, además de la puerta que comunicaba con el corredor, había otras dos que debían de corresponder a otras tantas fachadas de la casa. Por curiosidad abrí el ventanillo o *cuarterón* de una de las hojas... abrí después la hoja entera, que daba a un balcón con repisa de piedra..."

"...fuíme a la otra fachada que correspondía al claro frontero a mi alcoba. Por esta puerta salí a un largo balcón o *solana* de madera, encajonada entre dos *esquinales* o mensulones de sillería, llamados también *cortafuegos*. En el de mi derecha resaltaba el grueso y tallado canto de un escudo de armas, cuyo frente no podía ver por lo que sobresalía el esquinal de la baranda del balcón. No pudiendo ver tampoco por ahí, y por idéntico motivo, el resto de la fachada, supuse, y no sin fundamento, que la parte de edificio habitada por mí formaba un cuerpo saliente... Por la dirección de la luz y otras señales bien fáciles de estimar dí por seguro que aquella fachada de la casa miraba al Sur... Me retiré de la solana de mi aposento, y salí al comedor. Estaban abiertos los dos claros de él que daban al exterior de la casa. Acerquéme a uno de ellos, y ví que correspondían ambos a otra solana muy escondida al socaire de la pared de mi habitación que, efectivamente, sobresalía mucho de la línea general de la fachada. Entre esta pared y otro mensulón mucho menos saliente que ella al extremo opuesto, corría la solana a la que daba también una puerta del dormitorio de mi tío. Estaba abierta y me colé dentro... Me asomé a una ventana abierta en la pared del Este junto a una alacena... Y me

llevó a remolque hasta la cocina... salí a un balcón de madera de mucha línea y muy volado, la mitad del cual caía sobre el patio de las cuadras, que no pasaba del centro de aquella fachada, y la otra mitad afuera."

Esta minuciosa descripción podía pasar íntegra a un tratado de Arquitectura montañesa, y quedar como definición clásica de la casa hidalga regional de los siglos XVII y XVIII.

Esto, en cuanto a la vivienda rural; porque en las villas, variando las condiciones de la vida, las de la habitación adquieren otro carácter. Falta la holgura del campo, y el poco aprecio que en él se hace del suelo. Las casas se apretujan unas junto a otras, en hileras tortuosas de dentelladas crestas; las fachadas se elevan piso sobre piso, alejándose de la proporción apaisada que predomina en la aldea. Véase la casa de los Velez, en Villavieja, "de alta y ennegrecida fachada, llena de escudos mohosos y de balconajes oxidados, empotrada y reventándose entre otras dos que, por lo humildes y despatarradas, parecían estar sosteniéndola por obra caritativa; el portal enor-

me, oscuro, lóbrego y con el suelo de adobes; la escalera, ancha, de zancas trémulas y peldaños jibosos; luego, el vestíbulo, tan grande y tan sombrío como el portal...; después el estrado, como cuatro vestíbulos de grande, con su tillo de anchas, abarquilladas y viejísimas tablas de castaño; su techo de viguetería descubierta, de la misma madera y del propio color que el suelo; sus claros abiertos a la fachada, como tragaluces de mazmorra por lo bajos y lo espesos..." (1)

* * *

De la lectura de tantas y tan variadas descripciones de casas montañesas, se deduce el perfecto conocimiento que el autor de *Sotileza* tenía del país donde nació y donde situó sus principales personajes. Su casa montañesa no es un tópico. Cuando se ve obligado a describirla no sale del paso con cuatro lugares comunes, ni lo hace con arreglo a un tipo convencional, forjado en su mente por la superposición de imágenes, como resultado de una observación poco detenida. No, cada personaje tiene su casa, la casa que le pertenece por su posición social, por su modo de vivir, por el carácter con que le presenta el novelista; y cada casa, perfectamente individualizada, corresponde a alguno de los tipos tradicionales de vivienda que se conservan en la Montaña. El miserable tugurio donde se alberga el pobre aldeano en promiscuidad con las vacas y los cerdos; la infatuada casona hidalga; el viejo solar con su torre de pujos feudales; la amplia y bien acondicionada casa del labrador rico; la decrépita y triste del hidalgo de gotera; la del indiano (nuevo-rico, según la moderna nomenclatura) con su lujo de relumbrón (balcones de hierro con balaustres que forman "grotescas canastillas y entrelazadas parábolas y volutas"; sobre el tejado , un mirador o linterna, y sobre ésta una fragata de hierro), (2) todas están inventariadas en las páginas de Pereda.

(1) "Al primer vuelo".
(2) "Don Gonzalo González de la Gonzalera".

Las casas descritas por el autor de *Peñas arriba* han existido, y muchas de ellas existen aún. Y de tal manera son exactas y precisas sus descripciones, que el día de mañana, cuando nuestros viejos solares no sean sino montones de ruinas y escombros, las páginas que Pereda dedicó a su pintura, serán de un valor inapreciable para los arquéologos y para los eruditos que traten de reconstituir la vida montañesa en los pasados tiempos.

Elías Ortiz de la Torre.

Santander, febrero de 1933.